

DAVID ANISI

# La ola de consumismo que nos invade

**T**AL vez el auténtico éxito de Orwell con su 1984 fue que no tardó en aplicarse a la difusión e interpretación de la obra la propia manipulación que en ella se denunciaba.

De esta forma, mientras que la neolengua se convierte en nuestra manera habitual de comunicación y la propaganda cotidiana nos seduce hacia la aceptación sumisa del *doblepensar* señalamos a los otros, normalmente a esos países que denominamos del este o del *socialismo real* (que, por cierto, ya tuvieron lo suyo con *Rebelión en la granja*) como los últimos destinatarios de aquel mensaje crítico.

Así, en un planeta lo suficientemente interrelacionado como para formar una entidad no sólo ya astronómica, sino también económica, social y casi cultural, en un lugar donde unos pocos con nombres concretos toman decisiones importantes que modelarán nuestra pequeña historia, afectando incluso a aquellos que ni siquiera sospechan su existencia, en tal sitio, aquí y ahora, palmeamos gozosos y simplones con la última porquería mental que han tenido a bien prepararnos: el romance del tutú y del yoyó.



sefo. Pero algo debí cambiar puesto que las bolas empezaron a salir con más rapidez. Al tercer *chas* la habitación rebosaba de bolas, y cuando acabó de sonar la lavadora me dijo desconsolado: "Oye, no he tenido tiempo para comérmelas todas".

La vez siguiente trató de que eso no volviera a pasar, y cuando al primer *chas* vió que tenía el suelo tan lleno de bolas como siempre, comenzó a comérmelas en sus tres cuartos de hora habituales. Le sobraron diez minutos y me dijo aquella frase temida que presagiaba siempre algún desbarajuste: "Oye, me aburro".

Así que decidí volver a su horario de siempre. Oí como daba 1/4 de hora a la manivela, y luego sus pasitos presurosos los 3/4 de hora restantes comiendo bolas. Al acabar no había ninguna bola en el suelo, pero el estaba malhumorado y sudoroso. "Oye -me dijo-, a mí no me gusta comer las bolas tan deprisa", y luego, reflexionando, me preguntó sabiendo ya cual era la respuesta: "No volverán nunca las cosas a ser como antes, ¿verdad?".

## Marionetas del consumo

La restricción temporal -ese tiempo, el implacable, el irreproducible- conecta las técnicas de producción y las de consumo.

Los que diseñaron, elaboraron y luego imprimieron su particular solución a la crisis, propusieron unos parámetros básicos: desempleo estancado hasta el año 2000, una cierta estabilidad de la propensión a consumir y una mínima variabilidad en la proporción del tiempo total desviado al trabajo. Con el incremento de la productividad del trabajo experimentado, y bajo esas condiciones, sólo un aumento de la intensidad del consumo puede hacer coherente y viable el plan. Si, adicionalmente, el dualismo social progresivo y la redistribución de la renta no sólo a favor de beneficios, sino, dentro de los asalariados, hacia el tramo de los más favorecidos, concentra en unos cuantos la capacidad de gasto, el aumento de la intensidad del consumo de éstos es, simplemente, una necesidad económica.

De esta forma, esos seres *individuales, independientes y duros*, que arrojados en los tutús y practicando continuamente el yoyó, creen haber descubierto la quintesencia de la vida en el consumo de más y más cosas, sólo resultan ser unas marionetas trágicas, patéticas y esperpénticas necesarias para la representación de la gran función.

Cumplirán su papel como otros comparsas, aunque se crean los listillos del barrio. No podrán dejar su personaje de devoradores de frivolidades, porque si en algún momento se negaran perderían sus relaciones, sus conocimientos, su *status*, su trabajo, su fama, su estar. Deberán seguir así hasta que los hilos los lleven hacia otra función; y deberán hacerlo porque -los más listos de ellos ya lo saben- el *Hermano Grande* les vigila continuamente.

David Anisi es profesor de Teoría Económica en la UAM y autor de *Modelos económicos: una interpretación de la macroeconomía, Tiempo y técnica y Trabajar con red*.

## Tutús y yoyós

Creo que todo empezó con aquello de que: "Cualquiera puede llegar a ser presidente de los Estados Unidos", proposición que, a la vista de lo acontecido, ha resultado ser sumamente acertada. Pero, en el afán de popularizar más el asunto, alguien la reescribió diciendo: "Todos pueden ser presidente de los Estados Unidos", y eso, con perdón, es algo evidentemente falso; al menos todos a la vez es absolutamente imposible, e incluso si lo hicieran uno detrás de otro, con la actual población norteamericana y su esperanza de vida les tocaría a cada uno algo así como ocho segundos de presidencia, solución que no parece demasiado operativa en este mundo de altas tecnologías y otras parafernalias.

Pero nada importa la realidad si la idea es vendible, e inmersos como estamos en el esplendor de la *revolución conservadora*, florecen ramilletes de tutús y manojos de yoyós en nuestros campos, plazas, calles, parlamentos, universidades, e incluso en nuestras casas y en nuestros sentimientos.

"Tú puedes conseguirlo", "Sólo tú puedes lograrlo", "Tú llegarás donde te propongas", "Exigentes como tú", "Gente que, como tú, sabe elegir", "Libre como sólo tú sabes serlo", "Tu independencia", "Tu estilo", "Tu forma de vivir"... susurran continuamente los tutús. "Yo lo he logrado", "Yo trabajé duro", "Yo sé hacerlo", "Quiero ser yo mismo", "Yo lo he ganado a pulso", "Yo decidí qué hacer con mi tiempo", "Yo elijo mi forma de vivir"... afirman con aplomo los yoyós.

Y ese mito de la *independencia*, verdadero núcleo de tutús y yoyós, genera, al convertirse en creencia, una sociedad esquizofrénica y paranoica. Esquizofrénica al tener que disociar cotidianamente esa *independencia* en la que se cree y por la que se vive, con esas situaciones de reales dependencias en el trabajo, en la moda, en las facturas, en los alquileres, en el calor, en el dolor, en la enfermedad, en las relaciones, en los amores, en las soledades...

Paranoica, en una doble dimensión delirante de persecución y grandeza: los estúpidos delirios de grandeza asociados al yoyó y el descubrimiento constante de enemigos ficticios que amenazan esas imágenes de *independencia, de individualidad y de libertad*. Imágenes que sólo tratan de dar forma agradable y pintar de colorines ese camino de espantosa soledad - el *avatar onanista* que describe Attali - al que, por la conveniencia de unos pocos, nos están llevando.

Nuestra cada vez más cuidada *importancia personal* debe quedar algo maltrata al percibir que, según para qué cosas, nuestros sentimientos, preferencias, actitudes, acciones e incluso nuestra posible alma inmortal, carece completamente de relevancia. Depende, claro está, del aspecto particular en el que estemos interesados.

## Caída libre, pánicos y fiestas

Por ejemplo, si subimos hasta lo alto de una torre a un santo arzobispo, un concienzudo presidente de gobierno, un valiente general de división, un honrado oficinista, un truhan, un niño feo, un *camello* de Malasaña... y desde allí lo vamos arrojando al vacío, todos, todos, llegarán al suelo a una velocidad muy parecida al resultado -si no recuerdo mal- de extraer la raíz cuadrada del doble producto de la aceleración de la gravedad por la altura de la torre. Si es eso lo que queremos estudiar, el comportamiento individual no es en absoluto significativo.

Si, en otra situación, en un lugar atestado de gente -teatro, cine, estadio de fútbol...- se produce una alarma, probablemente un modelo de dinámica de fluidos proporcionará una predicción del número de muertos por aplastamiento más aproximada que cualquier otro resultado procedente de la consideración individual de los afectados. Aquí el comportamiento individual es algo importante, pero sólo un poco. No importan las ilusiones, anhelos, altruismos o egoísmos de los participantes, basta con suponer que

colectiva e individualmente han adoptado el estado de pánico. Por último, si lo que deseáramos predecir fuera el movimiento de distintos personajes en una fiesta, las preferencias individuales contarían muchísimo. El bebedor empedernido hará muchos viajes al sitio de las bebidas, dos que se gusten terminarán estando juntos en una serie de aproximaciones sucesivas, dos que se odien tratarán en cada momento de estar separados lo máximo posible, si uno desea a otro que le rechaza terminarán realizando una trayectoria de tipo gato y ratón...

## Formas de vida

Sería interesante preguntarse si nuestras formas de vida son casos analizables bajo la óptica de la caída libre, del pánico, o de la fiesta. Y como la propaganda oficial del *vive como quieras* insiste en que esto es una fiesta, no estaría de más que nos preguntáramos si no se tratará más bien de un salto en el vacío.

En principio, aún a riesgo de simplificar demasiado las cosas, podríamos decir que nuestras formas de vida podrían caracterizarse en relación con dos aspectos de la actividad económica: la producción y el consumo. El cómo se trabaja y el cómo se consume puede ser la urdimbre donde se teja el cómo se vive.

Y de la misma forma que estamos acostumbrados a relacionar las formas de producción con las técnicas utilizadas, podríamos empezar a relacionar las formas de consumo con las técnicas asociadas. Es más, si uno de los datos más relevantes de las técnicas de producción reside en la *productividad*, entendiendo ésta como el número de bienes producidos por unidad de tiempo, podríamos decir que una de las características más importante de las formas de consumo es su *intensidad*, entendiendo ésta como el número de bienes consumidos por unidad de tiempo.

La intensidad del consumo es algo muy distinto de la propensión a consumir. Podemos imaginar dos pescadores artesanales

con barcas y aparejos similares que, trabajando próximos, consiguen la misma cantidad de peces en el mismo horario. Salen juntos y también juntos vuelven, con lo que sus formas de vida en cuanto a la producción no pueden ser más semejantes. Además, ambos dedican al consumo la mitad de lo conseguido, con lo que también coinciden en la propensión media a consumir. Sin embargo, el primero toma aquellos peces, los limpia cuidadosamente, los va friendo uno a uno, los coloca artísticamente en una fuente y luego, uno tras otro, muy espacio, los va comiendo mientras que se pone el sol. El otro, en cambio, los arroja juntos a la sartén y se los come a puñados en cuanto se están listos. El primero tarda dos horas en consumir, digamos, diez peces; el segundo consume lo mismo en sólo media hora. Con las mismas técnicas de producción y la misma propensión al consumo sus formas de vida difieren porque la intensidad del consumo de uno de ellos es cuatro veces superior a la del otro.

## El juego de las bolas

El pequeño ser con el que convivimos es, en general, suave, divertido y cariñoso. Pero cuando algo le excita puede convertirse en un latoso insufrible. El ruido de la lavadora, por ejemplo, hace de él un pesado insoportable. Por ello, y para conseguir llenar la apacibilidad la hora entera que dura el proceso de lavado, le he proporcionado un juego con el que disfruta: un artificio que al darle a una manivela va lanzando bolas, y otro que las hace desaparecer cuando se le coloca sobre ellas.

Pronto asignó un ritmo propio a todo el asunto. Hasta que suena el tercer *chas* de la lavadora se pasaba el tiempo -un cuarto de hora- dando a la manivela para producir bolas y a continuación, durante los tres cuartos de hora restantes, usaba el otro aparato para recogerlas todas.

Hace poco se estropeó el aparato emisor de bolas y yo, temeroso porque el día de la colada se acercaba, me apresuré a arreglar-